

**Material Complementario:  
(Memorias del Oratorio y Textos)**

<b>A</b>	<b>De la Introducción de Aldo Giraudo a las <i>Memorias del Oratorio</i>, de D. Bosco</b>
----------	---

***Significado global de las “Memorias del Oratorio”***

Las *Memorias del Oratorio* -uno de los escritos más personales y vivos de Don Bosco- han tenido gran importancia en la historia salesiana. No sólo porque algunos hechos narrados en ellas -como el sueño de los nueve años o la descripción del encuentro con Bartolomé Garelli- se han transformado en «acontecimientos-símbolo» de la vida del Santo y de la misión salesiana, sino también en objeto de reflexiones pedagógicas. Este documento ha propiciado una lectura, al mismo tiempo, épica y providencialista de las andanzas de Don Bosco y de su institución predilecta, el Oratorio. Igualmente colmó de contenidos el «imaginario colectivo salesiano» con el papel determinante de mamá Margarita y de Don Calosso; la figura del teólogo Borel, de la marquesa Barolo y Cavour. Introdujo además un toque de aventura en la vida de Don Bosco con el relato del desafío al saltimbanqui, la evocación de oscuros atentados y la entrada en escena del misterioso perro «Gris».

P. Stella, desde el punto de vista de la crítica historiográfica, hacía notar la peculiar naturaleza de los acontecimientos narrados en las *Memorias*: «De cualquier forma que hayan ocurrido los hechos, Don Bosco en su exposición tiende a subrayar la finalidad que él considera querida por Dios». <sup>1</sup> Si «la *Vida* de Domingo Savio, la de Magone y de Besuc-co pueden considerarse como la construcción de modelos de santidad juvenil en base a datos biográficos», las *Memorias del Oratorio* deberían ser consideradas «como una especie de poema religioso y pedagógico construido sobre el armazón e idealización de anécdotas autobiográficas» <sup>2</sup>. Don Bosco a través de este escrito, en suma, parece que ha querido infundir en los lectores la convicción de que toda su vida ha sido «un tejido de acontecimientos predispuestos, prefigurados, convertidos en realidad por la sabiduría divina». Por lo tanto, él dejaba constancia de una relectura y reconfiguración del pasado más en clave teológica y pedagógica que en perspectiva histórica-erudita. <sup>3</sup>

Éste parece «el punto de vista adoptado de manera absolutamente prominente por Don Bosco, persiguiendo deliberadamente transmitir a sus continuadores tal experiencia vivida como programa de vida y de acción. En las *Memorias del Oratorio* «la parábola y el mensaje» se colocan antes y «por encima de la historia», para ilustrar la acción de Dios

<sup>1</sup> Pietro STELLA, *Apologia della storia. Piccola guida critica alle «Memorie biografiche» di Don Bosco (dispense o apuntes de clase)*, UPS, Roma. 1989-1990; revisión puesta al día de la escrita en 1997-1998, 18.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 22.

<sup>3</sup> Son pareceres manifestados en el contexto de una reflexión sobre «Don Bosco y la organización de la propia imagen»: STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica. III: La canonizzazione*, 16.

en las vicisitudes humanas; alegrando y recreando, para «confortar y confirmar» los discípulos. Al mismo tiempo, se muestran como un eficaz «preludio narrativo del sistema preventivo», siendo «tal vez, el libro más rico de contenidos y de orientaciones “preventivas”» que Don Bosco haya escrito: «un manual de pedagogía y de espiritualidad, “narrado” con una diáfana perspectiva “oratoriana”»<sup>4</sup>.

### ***¿Para quién escribe Don Bosco las Memorias del Oratorio?***

En primer lugar, los interlocutores del discurso, explícitamente indicados, son sus «queridísimos hijos salesianos, *con prohibición de dar publicidad a estas cosas, tanto antes como después de mi muerte*». Tal opción revela, ante todo, que el objetivo preponderante es práctico e «ideológico», esto es, la transmisión de un patrimonio familiar e íntimo compartido por autor y lectores, unidos espiritualmente en la adhesión total de la vida a un ideal vocacional. Por consiguiente, la tarea de narrar tiene como fin la formación y animación, en función de una misión, con identidad y método propios. La exclusión de lectores extraños libera al autor de toda preocupación formal y estilística, de las cautelas y restricciones oportunas, obligadas si se dirigiera a un público heterogéneo. La petición de reserva -tradicional en los libros de familia- aspira a preservar de miradas indiscretamente críticas los valores percibidos como fundamentales y los sentimientos más íntimos y familiares. Don Bosco confía en los primeros párrafos de su escrito : «Se trata de un padre que se deleita hablando de sus cosas a sus hijos queridos; quienes, por su parte, gozan al conocer las pequeñas aventuras del que tanto los amó y siempre, así en los asuntos pequeños como en los grandes, se afanó trabajando por su provecho espiritual y material».

El autor, pues, arrastra al destinatario -los «amados hijos»- a la aventura de estas *Memorias*, transformándolos, por un lado, en parte viva de las mismas, como discípulos interesados y cómplices, que comparten la perspectiva de valores y realidades de la narración; por otro y al mismo tiempo, en interlocutores a los que pide aceptar la propia visión de los hechos, a la par histórica y personal, y entrar en un mundo a la vez real y poético. Él es consciente de la dificultad que puede surgir en el lector y trata de prever sus reacciones a fin de orientarle. Claramente se manifiesta cómo la presencia de los lectores condiciona la estrategia narrativa de Don Bosco. Aflora de manera directa, en ciertas ocasiones, como una especie de diálogo: «Muchas veces me habéis preguntado a qué edad comencé a ocuparme de los niños. [...]. Escuchad».<sup>5</sup> «Por lo que se hacía en un día de fiesta, comprenderéis cuanto realizaba yo en los demás».<sup>6</sup> «En ese instante, como antes dije, tendríais que haber visto al orador convertirse en un charlatán de profesión».<sup>7</sup>

---

<sup>4</sup> Cfr. BRAIDO, «*Memorie*» del futuro, 113-114; José Manuel PRELLEZO, *Sistema educativo ed esperienza oratoriana di Don Bosco*, Leumann (Torino), Elle Di Ci, 2000. El autor del ensayo se propone esbozar los «núcleos principales» de la «pedagogía» experiencial narrada por Don Bosco en las *Memorias del Oratorio*.

<sup>5</sup> *Memorie*, 38 (1, 1).

<sup>6</sup> *Memorie*, 40 (1, 1).

<sup>7</sup> *Memorie*, 41 (1,1).



## ¿Por qué escribe Don Bosco las *Memorias del Oratorio*?

¿Por qué Don Bosco se lanzó a esta empresa en un período tan intenso trabajo y en un momento tan duro para su existencia como el vivido entre 1873 y 1875?

La razón expuesta en la introducción de las *Memorias* -el «mandato de una persona de suma autoridad, a la que es imposible oponer ningún tipo de dilación»-, se debe tener en cuenta; pero acompañada, al menos, por otras dos motivaciones importantes. La primera remite a la convicción de que el Oratorio era una institución querida por Dios como instrumento de salvación de la juventud en los nuevos tiempos, y había llegado el momento de dar a conocer sus orígenes, finalidad y método. La segunda motivación o estímulo impulsor brota del contexto y situación que vivía en aquellos años: mientras se perfilaba la conclusión del proceso de reconocimiento jurídico de la Sociedad salesiana con la aprobación de las Constituciones, resultaba difícil a Don Bosco gozar de plena libertad de acción ante los obispos, por no haber logrado la concesión de las facultades y privilegios, habitualmente concedidos a otras familias religiosas.

Era una actitud habitual en él -narrador por vocación- remitir a la génesis y desarrollos sucesivos del Oratorio, siempre que se proponía estimular el apoyo de las autoridades, la simpatía de la opinión pública y la cooperación económica.<sup>8</sup> Conformaba, no obstante, un método o modo de proceder usado con preferencia y casi instintivamente en el ámbito formativo, con los muchachos, de modo particular en las conversaciones de la tarde - las «buenas noches»-, en los sermones y en la intimidad de los encuentros con sus Salesianos.

Los años de composición y de revisión de las *Memorias del Oratorio* albergan, pues, el mayor empeño de Don Bosco en las cuestiones «histórico-informativas», sea por las razones externas aludidas, sea, sobre todo, por motivos internos relativos a sus instituciones. Múltiples razones lo empujaban a *revisitar* su experiencia de cara a la formación de los discípulos y a la focalización de la identidad específica de su obra. En aquel lapso preciso de tiempo, entre 1873 y 1875, se veía obligado a repensar la idea de «Salesianos externos» -rechazada por la Santa Sede- y a transformarla en el nuevo proyecto de Asociación o Unión de Cooperadores Salesianos. Por otra parte, la expansión de su Congregación fuera de los confines del Piamonte, asentada en el éxito de los colegios, le exigía precisar los aspectos de identidad y método que debían caracterizarla delante de instituciones análogas, retomando la génesis y acontecimientos que habían dado vida al Oratorio, considerado y proclamado como la matriz de toda otra realización. De este modo se inaugura la estación fecunda de reflexiones y puntualizaciones que producirá, además de las *Memorias del Oratorio*, documentos de grande importancia para la identidad salesiana, como *El sistema preventivo en la educación de la juventud*.<sup>9</sup>

---

<sup>8</sup> Recordamos, por ejemplo, la carta del Vicario de Ciudad (13 marzo 1846), la carta a los administradores de la Obra de la «Mendicità Istruita» (20 febrero 1850), la circular sobre una lotería en favor de la *erigenda* iglesia de S. Francisco de Sales (20 diciembre 1851), en Giovanni BOSCO (S.), *Epistolario*. Introduzione, testi critici e note a cura di Francesco Motto. I: (1835-1863), Roma, LAS, 1991, 66-67, 96-97, 139-141.

<sup>9</sup> Edición crítica en Giovanni BOSCO (S.), *Il sistema preventivo nella educazione della gioventù*. Introduzione e testi critici a cura di P. Braido, Roma LAS, 1985.

<b>B</b>	<b>MEMORIAS DEL ORATORIO DE 1815 A 1825</b>
----------	---

**exclusivamente para los Salesianos (Don Bosco)**

“Muchas veces me han exhortado a poner por escrito las memorias concernientes al Oratorio de San Francisco de Sales y, pese a no poder negarme a la autoridad de quien me lo aconsejaba, nunca me he decidido a ocuparme de ello, sobre todo, porque debía hablar de mí mismo demasiado a menudo. Ahora se añade el mandato de una persona de suma autoridad, a la que es imposible oponer ningún tipo de dilación; por tanto, me decido a relatar en este escrito pequeñas noticias confidenciales que pueden iluminar o ser de alguna utilidad para aquella institución que la divina Providencia se dignó confiar a la Sociedad de San Francisco de Sales.

Ante todo, debo dejar sentado que escribo para mis queridísimos hijos salesianos, *con prohibición de dar publicidad a estas cosas, tanto antes como después de mi muerte.*

¿Para qué puede servir, pues, este trabajo? Servirá de norma para superar las dificultades futuras, tomando lecciones del pasado; servirá para dar a conocer cómo Dios mismo guió siempre todos los sucesos; servirá de ameno entretenimiento para mis hijos, cuando lean los acontecimientos en los que tomó parte su padre y, con mayor gusto, cuando -llamado por Dios a rendir cuenta de mis actos- ya no esté entre ellos.

Disculpádmeme si encontráis hechos expuestos con demasiada complacencia y quizá aparente vanidad. Se trata de un padre que se deleita hablando de sus cosas a sus hijos queridos; quienes, por su parte, gozan al conocer las pequeñas aventuras del que tanto los amó y siempre, así en los asuntos pequeños como en los grandes, se afaná trabajando por su provecho espiritual y material.

Presento estas memorias divididas en décadas, es decir, en períodos de diez años, porque en cada uno de los señalados tuvo lugar un notable y sensible desarrollo de nuestra institución.

Cuando, después de mi muerte, hijos míos, leáis estos recuerdos, acordaos de que tuvisteis un padre cariñoso que, antes de abandonar el mundo, os ha dejado las presentes memorias como prenda de cariño paternal. Y con el recuerdo, rogad a Dios por el eterno descanso de mi alma.”

(Página 1)

<b>C</b>	<b>TEXTOS QUE AYUDAN A COMPRENDER A DON BOSCO</b>
----------	---

**1.- PROPÓSITOS DE DON BOSCO EN LA TOMA DE SOTANA**

Al objeto de trazarme un estilo de vida y no olvidarlo, escribí las siguientes resoluciones:

- 1º En lo venidero nunca participaré en espectáculos públicos, en ferias y mercados; ni acudiré a bailes o teatros; y en cuanto me fuere posible, no tomaré parte en las comidas que suelen celebrarse en tales ocasiones.
- 2º No haré más juegos de manos o prestidigitación, de saltimbanqui o destreza, ni de cuerda; no tocaré más el violín y no iré más de caza. Considero todas estas acciones contrarias a la dignidad y espíritu eclesiásticos.
- 3º Amaré y practicaré el recogimiento y la templanza en el comer y beber; no descansaré más que las horas estrictamente necesarias para la salud.
- 4º Así como en el pasado serví al mundo con lecturas profanas, en lo porvenir procuraré servir a Dios dedicándome a lecturas de temas religiosos.
- 5º Combatiré con todas mis fuerzas cualquier cosa, lectura o pensamiento, conversaciones y palabras u obras contrarias a la virtud de la castidad. Por el contrario, cultivaré todos aquellos elementos, aun los más nimios, que puedan contribuir a conservar esta virtud.
- 6º Además de las prácticas ordinarias de piedad, haré todos los días un poco de meditación y un rato de lectura espiritual.
- 7º Contaré cada día algún ejemplo o sentencia edificante en bien del prójimo. Lo llevaré a cabo con compañeros, amigos y parientes; cuando no pueda con otros, con mi madre.

Estos fueron mis propósitos al recibir la sotana; para grabarlos profundamente, los leí delante de una imagen de la Santísima Virgen y, después de rezar, prometí formalmente a la celestial Bienhechora cumplirlos aun a costa de cualquier sacrificio.

**2.- ENTRADA EN EL SEMINARIO DE CHERI**

El día 30 de octubre de aquel año, 1835, debía encontrarme en el seminario. El escaso equipo de ropa estaba preparado. Todos mis parientes se mostraban contentos y yo más que ellos. Sólo mi madre permanecía pensativa, sin quitarme la vista de encima, como si me quisiera confesar alguna cosa. La víspera de la partida, por la tarde, me llamó para decirme estas memorables palabras: «Querido Juan, has vestido el hábito sacerdotal; yo experimento con este hecho todo el consuelo que una madre puede sentir ante la suerte de su hijo. Pero recuerda que no es el hábito lo que honra tu estado, sino la práctica de la virtud. Si un día llegases a dudar de tu vocación, ¡por amor de Dios!, no deshonres ese hábito. Quítatelo enseguida. Prefiero tener un pobre campesino a un hijo sacerdote negligente con sus deberes. Cuando viniste al mundo te consagré a la Santísima Virgen; al iniciar los estudios te recomendé la devoción a esta nuestra Madre; ahora te aconsejo ser todo suyo: ama a los compañeros devotos de María y, si llegas a ser sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoción a María».

Mi madre estaba conmovida, al concluir las indicaciones; yo derramaba lágrimas. «Madre, respondí, le agradezco cuanto ha dicho y hecho por mí; estas sus palabras no han sido dichas en vano y las conservaré como un tesoro durante toda mi vida».

Salí por la mañana temprano hacia Chieri; al atardecer del mismo día entré en el seminario. Después de saludar a los superiores y arreglarme la cama, me dediqué a pasear con mi amigo Garigliano por los dormitorios, los corredores y, finalmente, por el patio. Alzando los ojos hacia un reloj de sol, descubrí este verso: *Afflictis lentae, celeres gaudentibus horae.*

He ahí, dije al amigo, nuestro programa: *estemos siempre alegres y correrá deprisa el tiempo.*

### 3.- DIÁLOGOS DE D. BOSCO CON DON CALOSSO, D. SAVIO y F. BESUCCO

#### Con don Calosso

En aquel año (1826), con motivo de una misión solemne que hubo en el pueblo de Buttigliera, tuve ocasión de escuchar bastantes sermones. La fama de los predicadores atraía a gente de todas partes; yo mismo iba entre otros muchos. Después de una instrucción y una meditación, al caer la tarde, los oyentes quedaban libres para tornar a sus casas.

Una de aquellas tardes de abril, volvía en medio de la multitud; iba entre nosotros un cierto Don Calosso -de Chieri-, hombre muy piadoso que, aunque encorvado por los años, realizaba el largo camino para escuchar a los misioneros. Era el capellán de Morialdo. Al ver a un niño de pequeña estatura, cabeza descubierta, pelo recio y ensortijado, que caminaba muy silencioso en medio de los demás, se fijó en mí y me habló de la siguiente manera:

—Hijo mío, ¿de dónde vienes? ¿Acaso tú también has ido a la misión?

—Sí, señor, he ido a los sermones de los misioneros.

—¿Qué habrás entendido! Tal vez tu madre te podría hacer un sermón más oportuno, ¿no es cierto?

—Cierto. Mi madre me procura con frecuencia bellas pláticas; pero igualmente voy con mucho gusto a escuchar las de los misioneros, y me parece que las he entendido.

—Si me sabes decir cuatro palabras de la de hoy, te doy cuatro monedas.

—Dígame sólo si quiere que le hable del primer o segundo sermón.

—Como mejor te parezca, con tal de repetirme alguna idea. ¿Te acuerdas sobre qué versó el primero?

—En el primer sermón se trató de la necesidad de entregarse a Dios y no dejar para más tarde la conversión.

—¿Y qué se indicó al respecto? —añadió el venerado anciano, algo maravillado.

—Lo recuerdo bastante bien y, si quiere, se lo repito por entero.

Sin esperar más, comencé a exponer el preámbulo, después los tres puntos, esto es, que quien difiere su conversión corre gran peligro de faltarle el tiempo, la gracia o la voluntad. Me dejó hablar más de media hora en medio de la gente, para preguntarme a continuación:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Has frecuentado mucho la escuela?

—Me llamo Juan, mi padre murió cuando yo era todavía muy niño. Mi madre es viuda, con cinco personas que mantener. He aprendido a leer y, un poco, a escribir.



- ¿No has estudiado el Donato o la gramática?
- No sé qué son.
- ¿Te gustaría estudiar?
- Mucho, mucho.
- ¿Qué te lo impide?
- Mi hermano Antonio.
- ¿Por qué Antonio no quiere dejarte estudiar?
- Porque él no deseó ir a la escuela y no quiere que otro pierda el tiempo estudiando como él lo perdió; pero si pudiera ir, sí que estudiaría y no perdería el tiempo.
- ¿Por qué motivo deseas estudiar?
- Para ser sacerdote.
- ¿Y por qué razón aspiras a ser sacerdote?
- Para acercarme, charlar e instruir en la religión a tantos compañeros míos, que no son malos, pero llegan a ser tales, porque nadie se ocupa de ellos.

Este franco y, diría, audaz modo de hablar causó gran impresión en el santo sacerdote, quien -mientras yo exponía- no me quitó nunca los ojos de encima. Entre tanto, llegados a un determinado punto del camino en que era menester separarnos, me dejó diciendo: «¡Ánimo!, pensaré en ti y en tus estudios. Ven con tu madre a verme el domingo y lo arreglaremos todo».

En efecto, al domingo siguiente fui con mi madre y acordamos que él mismo me daría clases un rato cada día; trabajando el resto de la jornada en el campo para contemporizar con mi hermano Antonio. Éste se conformó fácilmente, puesto que el asunto empezaría después del verano, cuando los trabajos del campo ya no preocupan.

Me puse enseguida en las manos de Don Calosso, que llevaba sólo unos meses en aquella capellanía. Me manifesté a él tal cual era; confiándole con naturalidad toda palabra, pensamiento y acción. Lo cual le agradó sobremanera, porque de ese modo podía guiarme en lo espiritual y en lo temporal con un mejor conocimiento de la realidad.

Conocí entonces el significado de un guía fijo, un amigo fiel del alma que hasta entonces no había tenido. Entre otras cosas, me prohibió enseguida una penitencia que yo acostumbraba a hacer por ser desproporcionada a mi edad y condición. Me animó a frecuentar la confesión y comunión, y me enseñó a hacer diariamente una breve meditación o, mejor, un poco de lectura espiritual. Los domingos pasaba con él todo el tiempo que podía. Los días laborables, siempre que me resultaba posible, le ayudaba a la santa misa. Desde aquel período, comencé a gustar lo que es la vida espiritual, pues hasta este momento actuaba más bien materialmente y como una máquina que hace las cosas sin saber por qué.

### Con Domingo Savio

Las cosas que voy a narrar puedo referirlas con mayor número de circunstancias, puesto que de casi todas fui testigo ocular, y las más de las veces acaecieron en presencia de una multitud de jóvenes, acordes en afirmarlas.

Corría el año 1854, cuando el citado don Cugliero vino a hablarme de un alumno suyo digno de particular atención por su piedad.

-Aquí, en esta casa-me dijo-, es posible que tenga usted jóvenes que le iguallen, pero difícilmente habrá quien le supere en talento y virtud. Obsérvelo usted y verá que es un San Luis.

Quedamos que me lo mandaría a Murialdo, adonde yo solía ir con los jóvenes del Oratorio para que disfrutasen algo de la campiña y, de paso, poder celebrar la novena y solemnidad de la Santísima. Virgen del Rosario.

Era el primer lunes de octubre, muy temprano, cuando vi aproximárseme un niño, acompañado de su padre, para hablar-me. Su rostro alegre y su porte risueño y respetuoso atrajeron mi atención.

- ¿Quién eres le?, le dije, ¿De dónde vienes?

-Yo soy, respondió, Domingo Savio, de quien ha hablado a usted el señor Cugliero, mi maestro; venimos de Mondonio.

Lo llevé entonces aparte y, puestos a hablar de los estudios hechos y del tenor de vida que hasta entonces había llevado, pronto entramos en plena confianza, él conmigo y yo con él.

Presto advertí en aquel jovencito un corazón en todo conforme con el espíritu del Señor, y quedé no poco maravillado al considerar cuánto le había ya enriquecido la divina gracia a pesar de su tierna edad.

Después de un buen rato de conversación, y antes de que yo llamara a su padre, me dirigió estas textuales palabras:

-Y bien, qué le parece? ¿Me lleva usted a Turín a estudiar?

-Ya veremos; me parece que bueno es el paño.

-¿Y para qué podrá servir el paño?

-Para hacer un hermoso traje y regalarlo al Señor.

-Así, pues, ya soy el paño; sea usted el sastre; lléveme, pues, con usted y hará de mí el traje que desee para el Señor.

-Mucho me temo que tu debilidad no te permita continuar los estudios.

-No tema usted; el Señor, que hasta ahora me ha dado salud y gracia, me ayudará también en adelante.

- ¿Y qué piensas hacer cuando hayas terminado las clases de latinidad?

-Si me concediera el Señor tanto favor, desearía ardientemente abrazar el estado eclesiástico.

- Está bien; quiero probar si tienes suficiente capacidad para el estudio; toma este librito (un ejemplar de las Lecturas Católicas), estudia esta página y mañana me la traes aprendida.

Dicho esto le deje en libertad para que fuera a recrearse con los demás muchachos, y me puse a hablar con su padre. No habían pasado aún ocho minutos cuando, sonriendo, se presenta Domingo y me dice: “Si usted quiere, le doy ahora mismo la lección”.

Tomé el libro y me quedé sorprendido al ver que no sólo había estudiado al pie de la letra la página que le había señalado, sino que entendía perfectamente el sentido de cuanto en ella se decía.

“ Muy bien, le dije, te has anticipado tú a estudiar la lección y yo me anticiparé en darte la contestación. Sí, te llevaré a Turín, y desde luego te cuento ya como de mis hijos; empieza tú también desde ahora a pedir al Señor que nos ayude a mí y a ti a cumplir su voluntad”

No sabiendo cómo expresarme mejor su alegría y gratitud, me tomó de la mano, me la estrechó y besó varias veces, y al fin me dijo: “Espero portarme de tal modo, que jamás tenga que quejarse de mi conducta”.



## Con Francisco Besucco

Todo lo expuesto hasta aquí acerca del jovencito Besucco forma, por así decir, la primera parte de su vida, y en ello me atuve a las noticias que me envió quien lo conoció, trató y vivió con él en su pueblo. Lo que voy a narrar con respecto a su nuevo tenor de vida en el Oratorio formará la segunda parte. Pero aquí contaré cosas todas oídas y vistas con mis propios oídos y ojos, o bien referidas por centenares de jovencitos que fueron sus compañeros durante todo el tiempo que vivió entre nosotros. Me serví particularmente de una larga y detallada narración hecha por el padre Ruffino, profesor y director de las clases de esta casa, quien tuvo tiempo y ocasión de conocer y reunir los continuos rasgos de virtud practicados por nuestro Besucco.

Por largo tiempo, pues, había deseado ardientemente hallarse en el Oratorio; pero cuando se encontró de hecho, quedó como aturdido. Mas de setecientos jovencitos eran sus amigos y compañeros en el recreo, en el comedor, en el dormitorio, en la iglesia, en la clase y en el estudio. Le parecía imposible que tantos muchachos pudieran vivir juntos en una sola casa— sin producir un desorden indecible. Acosaba a todos a preguntas, y de todo pedía la razón, la explicación. Todo aviso dado por los superiores, toda inscripción en las paredes, eran para él objeto de lectura y meditación y de profunda reflexión.

Había pasado ya algunos días en el Oratorio, y yo no lo había visto aún; sólo sabía de él lo que él arcipreste Pepino me había comunicado por carta. Cierta día me hallaba en el recreo entre los jóvenes de la casa, cuando vi a un jovencito vestido a lo montañés, de mediana estatura, de tosco aspecto y algo pecoso. Con los ojos desmesuradamente abiertos contemplaba cómo se divertían sus compañeros. Cuando su mirada se encontró con la mía, sonrió respetuosamente y se dirigió adonde yo me hallaba.

- ¿Quién eres tú?-le dije sonriendo.

- Soy Francisco Besucco, de Argentera.

-¿Cuántos años tienes?

-Pronto cumpliré los catorce.

-¿Has venido para estudiar o para aprender un oficio? -Deseo ardientemente estudiar.

¿Qué clase has hecho ya?

-He cursado las clases elementales de mi pueblo.

¿Qué intención te mueve a continuar tus estudios y no a aprender un oficio?

-;Ah! Mi deseo mas vivo y más grande es poder abrazar el estado eclesiástico.

- ¿Y quién te dio este consejo?

-Siempre lo tuve en mi corazón, y siempre pedí al Señor que me ayudara a realizar mi aspiración.

- ¿Has pedido va consejo a alguno?

-Sí; he hablado ya muchas veces de ello con mi padrino; sí, con mi padrino...

Dicho esto, se conmovió y le asomaron las lagrimas.

¿Quién es tu padrino?

-Mi padrino es el párroco, el arcipreste de Argentera, que tanto me quiere. Me enseñó catecismo, me dio clase, vestido, alimento. Es tan bueno, me hizo tantos beneficios v, después de haberme dado clase casi dos años, me recomendó a usted para que me recibiera en el Oratorio. ¡Qué bueno es mi padrino, cuanto me quiere!

Y se echó a llorar nuevamente. Esta sensibilidad por los beneficios recibidos, este afecto a su bienhechor me hizo concebir una buena idea de la índole y de la bondad de

corazón del jovencito. Recordé entonces también las hermosas recomendaciones que me habían llegado de su párroco y del lugarteniente Evsautier, y me dije al punto:

-Este jovencito dará con el estudio excelente resultado en su educación mural, puesto que la experiencia ha probado que la gratitud en los niños es casi siempre presagio de un venturoso porvenir: por el contrario, los que fácilmente olvidan los favores recibidos y los cuidados que se les prodigaron, permanecen insensibles a los avisos, a los consejos, a la religión, y son, por lo mismo, difíciles de educar y es incierto su resultado.

#### 4.- LA COMPAÑÍA DE LA INMACULADA

Bien puede decirse que *toda la vida de Domingo fue un ejercicio de devoción a la Virgen*, pues no dejaba pasar ocasión alguna sin tributarle sus homenajes.

En el año 1854, el sumo pontífice Pío IX definía como dogma de fe la Concepción Inmaculada de María. Domingo deseaba ardientemente hacer vivo y duradero entre nosotros el recuerdo de este augusto título que la Iglesia ha dado a la Reina de los cielos. “*Desearía; solía decir, hacer algo en honor de la Virgen; pero en seguida, ya que temo que me falte tiempo*”.

Guiado, pues, de su ingeniosa caridad, eligió a algunos de sus mejores compañeros y los invitó a unirse con él para formar una *compañía*, que llamaron de la *Inmaculada Concepción*.

El fin que ésta se proponía era granjearse la protección de la Madre de Dios durante la vida, y de modo especial en punto de muerte. Dos medios se proponían para ello: ejercitar y promover prácticas piadosas en honor de la Inmaculada y frecuentar la comunión.

De acuerdo con sus amigos, redactó un reglamento y, tras no pocos retoques, el 8 de junio de 1856, nueve meses antes de su muerte, lo leía con ellos ante el altar de María Santísima. Con gusto lo inserto aquí para que pueda servir de norma a otros que quieran imitarlo.

«Nosotros, Domingo. Savio, etc. (siguen los nombres de sus compañeros)', para granjearnos durante la vida y en el trance de la muerte la protección de la Virgen Inmaculada y para dedicarnos enteramente a su santo servicio, hoy, 8 del mes de junio, fortalecidos con los santos sacramentos de la confesión y comunión y resueltos a profesar hacia nuestra Madre celestial una constante y filial devoción, nos comprometemos ante su altar y con el consentimiento de nuestro director espiritual a *imitar*, en cuanto lo permitan nuestras fuerzas, a Luis Comollo, para cuyo fin nos obligamos:

- 1.º A observar rigurosamente *el reglamento de la casa*.
- 2.º A *edificar a nuestros compañeros*, amonestándoles caritativamente y exhortándoles al bien con nuestras palabras y mucho más con nuestro buen ejemplo.
- 3.º A *emplear escrupulosamente el tiempo*.

Y para asegurarnos la perseverancia en el estilo de vida que nos proponemos, sometemos a nuestro director el siguiente reglamento:

1. Prometemos una rigurosa *obediencia* a nuestros superiores, a los que nos sometemos con ilimitada confianza.

2. Nuestra primera y especial ocupación consistirá en el cumplimiento de nuestros propios *deberes*.
3. *La caridad reciproca* unirá nuestros ánimos y nos hará amar indistintamente a nuestros hermanos, a quienes avisaremos amablemente cuando parezca útil la corrección.
4. Destinaremos una *media hora semanal a reunirnos*, y después de invocar al Espíritu Santo y hecha una breve lectura espiritual, nos ocuparemos del progreso de la Compañía en la virtud y en la piedad.
5. Nos avisaremos en particular de los defectos que tenemos que *corregir*.
6. Trabajaremos para evitar cualquier disgusto entre nosotros, por pequeño que sea, y soportaremos con *paciencia* a nuestros compañeros y a las demás personas que nos resulten antipáticas.
7. No se señala ninguna oración particular, puesto que el tiempo que nos quede después de cumplidos nuestros deberes hemos de consagrarlo a lo que parezca más útil para nuestra alma.
8. Admitimos, sin embargo, estas pocas prácticas: a) Frecuentaremos los santos *sacramentos* lo más a menudo que nos sea permitido. b) Nos acercaremos a la mesa eucarística todos los domingos, fiestas de guardar, novenas y solemnidades de María y de los santos protectores del Oratorio. c) Durante la semana procuraremos comulgar todos los viernes, a no ser que nos lo impida alguna grave ocupación.
9. Todos los días, especialmente al rezar el santo rosario, encomendaremos a *María* nuestra asociación, pidiéndole que nos obtenga la gracia de la perseverancia.
10. Procuraremos ofrecer todos los sábados alguna práctica especial o alguna solemnidad en honor de la Inmaculada Concepción de María.
11. Tendremos, por lo tanto, un *recogimiento* cada vez más edificante en la oración, en la lectura espiritual, en el rezo de los oficios divinos, en el estudio y en la clase.
12. Acogeremos con avidez la *palabra de Dios* y repensaremos las verdades oídas.
13. Evitaremos toda pérdida de *tiempo* para librar nuestras almas de las tentaciones que suelen acometer fuertemente en tiempo de ocio; y, por lo tanto:
14. Después de haber cumplido nuestras propias obligaciones, emplearemos el tiempo que nos quede en ocupaciones útiles, como lecturas piadosas e instructivas, o en la oración.
15. Está mandado el *recreo* o, al menos recomendado, después de la comida, la clase y el estudio.
16. Procuraremos manifestar a *nuestros superiores* lo que pueda ser provechoso para nuestro adelanto moral.
17. Procuraremos también hacer uso con gran moderación de *los permisos* que nos suele conceder la bondad de nuestros superiores, puesto que uno de nuestros principales fines es la exacta observancia del reglamento, quebrantado muy a menudo por el abuso de estos mismos permisos.
18. Tomaremos el alimento que, nuestros superiores dispongan, *sin quejarnos* jamás de lo que nos pongan en la mesa, y procuraremos que tampoco se quejen los demás.
19. El que muestre ilusión por formar parte de esta asociación deberá, ante todo, purificar su conciencia en el sacramento de la confesión, recibir la sagrada comunión, dar luego prueba de buena conducta durante una semana, leer atentamente estas reglas y prometer a Dios y a María Santísima Inmaculada su exacta observancia.

20. El día de su admisión, todos los socios se acercaran a la santa comunión, pidiendo a su divina majestad que obtenga al nuevo compañero la virtud de la perseverancia, de la obediencia y el verdadero amor de Dios.

21. La asociación está puesta bajo el patrocinio de la Inmaculada Concepción, de quien tomamos nombre y cuya medalla constantemente llevaremos. *Una sincera, filial e ilimitada confianza en María, un amor singularísimo y una devoción constante hacia ella nos harán superar todos los obstáculos y ser firmes en nuestras resoluciones, rigurosos con nosotros mismos, amables con el prójimo y exactos en todo.* Aconsejamos además a los hermanos que escriban los santos nombres de Jesús y de María, primero en su corazón y su mente, y luego en sus libros y en los objetos de su uso. Rogaremos a nuestro director que examine el reglamento y nos manifieste su parecer, asegurándole que nos atenderemos todos a lo que disponga. Puede modificarlo en todo aquello que le parezca conveniente. Que María Inmaculada, nuestra titular, bendiga nuestros esfuerzos, puesto que ella nos ha inspirado crear esta piadosa asociación; que ella aliente nuestras esperanzas, escuche nuestros votos, para que, amparados bajo su manto y fortalecidos con su protección, desafiemos las borrascas de este mar proceloso y superemos los asaltos del enemigo infernal. De esta suerte, y por ella amparados, confiamos poder ser de edificación para nuestros compañeros, de consuelo para nuestros superiores e hijos predilectos de tan augusta Madre. Y si Dios nos concede gracia y vida para servirle en el ministerio sacerdotal, nos esforzaremos en hacerlo con el mayor celo posible. Y desconfiando de nuestras propias fuerzas, y con una confianza ilimitada en el auxilio divino, nos atreveremos a esperar que, después de peregrinar por este valle de lágrimas, obtendremos a la hora postrera, consolados por la presencia de María, el eterno galardón que Dios prepara a quienes le sirven en espíritu y en verdad.»

El director del Oratorio leyó este fragmento y, después de haberlo examinado atentamente, lo aprobó con las siguientes condiciones:

“ 1. Las mencionadas promesas no tienen fuerza de voto. 2. Ni siquiera obligan bajo pena de culpa alguna. 3. En las reuniones se propondrá alguna obra de caridad externa, como la limpieza de la iglesia o la instrucción religiosa de algún niño menos instruido. 4. Se distribuirán los días de la semana de modo que cada día comulgue alguno de los socios. 5. No se añadan otras prácticas piadosas sin permiso especial de los superiores. 6. Establézcase como objeto principal el promover la devoción a la Inmaculada Concepción y al Santísimo Sacramento. 7. Antes de aceptar a un aspirante, désele a leer la vida de Luis Comollo”